

# JOSÉ ORTEGA Y GASSET. LOS AÑOS MÁS TRISTES (1936-1955)

*“No me toquéis los codos ni los hombros,  
no quiero diferencia ni soledad ajena,  
quiero ser, en mi espacio, solo y otro”*

Juan Ramón Jiménez

El estudio de las biografías de José Ortega y Gasset y de los numerosos trabajos que se han realizado, sobre alguno de sus aspectos biográficos o de obra, muestra que hay muy pocos trabajos globales, y en cada uno de ellos su autor dedica mucho más espacio e investigación a los aspectos que desea destacar de este polifacético intelectual. Así, aquellos que inciden en su filosofía repasan sus viajes de formación a Alemania y sus primeros libros, especialmente las *Meditaciones del Quijote* (1914), donde Ortega expone el resumen de su entonces incipiente filosofía –el “Yo soy yo y mi circunstancia”–, eje de su posterior desarrollo vitalista. Los interesados en el Ortega “creador de empresas”, siguiendo la definición que de él hizo Luzuriaga, buscan un ritmo más lento de narración en el período comprendido entre 1914 y 1932. Otros abundan en sus incursiones en el periodismo (desde *Faro*, a principios del siglo XX, hasta *Luz*, de 1932, incidiendo en España, *El Imparcial*, *El Sol*, *Crisol*...). El estudioso en su actividad política se centrará en los dos ejes orteguianos al respecto: la *Vieja y nueva política* de 1914, y la Agrupación al Servicio de la República, de 1931.

Pero todos aceleran el *tempo* al llegar a 1936, repasando hasta 1945 de un modo vertiginoso y a veces sin comentarios un período que abarca nada menos que diez años, la vivencia de dos guerras (la civil española y la se-

---

Margarita Márquez Padorno es profesora de la Universidad Complutense e Investigadora de la Fundación José Ortega y Gasset.

gunda mundial), cinco países, posturas políticas, enfermedades casi mortales, silencios públicos muy expresivos, y un sinfín de experiencias vitales que, sin embargo, no modificaron la senda de las ideas sustanciales de Ortega y Gasset. Tampoco los últimos diez años del catedrático de Metafísica (1945-1955) se revisan mucho más detenidamente, a pesar de ser los años en los que la filosofía de Ortega cuaja y se desarrolla, y que son los momentos de su gran reconocimiento internacional. Mi cadencia en este repaso también va a ser rápida, pero me centraré en esos años de peregrinaje de Ortega que tanto se han mirado de soslayo:

“Mi vida es libertad forzosa y tengo, quiera o no, que decidirla en cada momento”  
(Ortega y Gasset, J., 2004).

El 30 de agosto de 1936 esta decisión se torna salida de Madrid con su familia, con ayuda de la embajada francesa hasta Alicante, donde les espera un carguero que les lleva a la ciudad francesa de Marsella, desde donde viajará hasta Grenoble. El no comprometerse públicamente con ninguno de los dos bandos en conflicto le crea el rechazo y la enemistad de ambos. Valga como muestra este indirecto reproche al silencio de Ortega, por medio de Mairena, de un Antonio Machado incapaz de ver helarse el corazón de su amigo por ambas Españas:

“La guerra es un tema de meditación. Los filósofos no pueden eludirlo en nuestros días. Hay un deber (...) que nadie puede eludir: el de luchar y si es preciso el de morir al lado de nuestros mejores. Para luchar, empero, hay que tomar partido, y ello implica una visión muy honda de los propios motivos y otra demasiado turbia y superficial de los motivos del adversario” (Machado, A., 1986).

En descargo del catedrático de Metafísica, si es que pueden imputarse cargos a su posición de no compromiso, su actitud de oposición a la República Española ocurre mucho antes de iniciarse la Guerra Civil y arranca de su desilusión política y de su decisión de alejarse de ella. Este rechazo al régimen republicano –nacido también gracias a su intervención y a la de los intelectuales que él lideraba dentro de la Agrupación al Servicio de la República–, no supuso ni mucho menos su acercamiento al Golpe de Estado de 1936 ni a sus protagonistas. Las críticas de Ortega al manejo que

se estaba haciendo de la situación se inician primero como advertencia ya en mayo de 1931, en su “No es esto, no es esto”, acertado final de su artículo “*Un aldabonazo*”, publicado por esas fechas en el diario *Crisol*. La advertencia se tornará crítica en su discurso *Rectificación de la República*, pronunciado tras la promulgación de la Constitución republicana en diciembre y, algunos meses y artículos más tarde, con la evidencia de que su voz no era escuchada, decide optar por el silencio.

Tampoco al final de la Guerra Civil el fundador de la *Revista de Occidente* se posiciona públicamente. Le lueven más críticas. La generalidad del exilio y de la resistencia del interior le vuelve la espalda. Así, desarraigado, hostil a la derrotada España roja y desfavorable a la victoriosa del interior, permanece peregrino por Europa y América sediento de público a quien dirigirse. Debray define al ser intelectual del siguiente modo:

“El único que no puede vivir sin ser amado. No ha venido al mundo para hablar, sino para ser escuchado; ni para ver el mundo que le rodea, sino para ser visto; y no tanto para conocerlo como para ser reconocido” (Debray, R., 1979).

Hasta unos años antes del comienzo de la Guerra Civil, España ha amado, visto y escuchado a Ortega. El dolor de no contar con su público, sumado a las enfermedades que sufre durante su estancia en Francia –especialmente su operación del aparato digestivo en 1938 con riesgo de muerte– le obligan a un silencio únicamente roto por conferencias en Holanda, algunos artículos en la prensa –ninguno de ellos sobre política o actualidad– y a la publicación de ensayos que había escrito con anterioridad y que ven la luz para paliar una situación económica tambaleante.

En febrero de 1939, Ortega y Gasset se marcha a Portugal; desde allí escribe a otro miembro de la llamada Tercera España, su gran amigo el doctor Marañón, que continúa “peregrino” en Francia. Sus cartas confirman que su silencio oficial no es sino un rechazo continuo a unos y a otros. En una misma misiva de 13 de marzo critica a ambos bandos. Inicia sus líneas con un...

“Hemos pasado alguna nerviosidad en la última coletada del atún comunista”

y espantado también por las formas que va tomando la España del interior, escribe un poco más adelante:

“Me dieron la noticia de que había sido nombrado nada menos que presidente del Tribunal de Responsabilidades Suñer... Esta noticia (es) la más penosa que en el último año y medio he recibido de España” (Ortega y Gasset, J., 1939a).

Dos semanas más tarde, desde Portimao, Ortega advierte a Marañón que su silencio público seguirá siendo absoluto:

“Cuando refiriéndome al nombramiento de Suñer decía que me incitaba a tomar resoluciones enérgicas no me refería de ningún modo –¿cómo ha podido vd. pensar otra cosa?– a acción alguna pública y colectiva sino... impersonal y privada”.

Pero su conocimiento de la actualidad y de la marcha de los acontecimientos le llevan al análisis, al menos en privado. En la misma carta comenta con el doctor el final de la resistencia en Madrid:

“¡Con qué dignidad y sentido del deber ha estado Besteiro hasta el último momento! Supongo que lo comprenderá así Franco y que no correrá ningún riesgo, pero convenía asegurar que esto es así y hacer lo humanamente posible para que no perturbasen a este hombre... que está enfermo y es viejo”. (Ortega y Gasset, J., 1939b).

Unos días más tarde de escribirse esta carta, acaba la guerra. Ortega es requerido a España por su familia. Pero el filósofo no quiere volver aún a su país. Sabe qué clase de repercusión tendría su vuelta. Tampoco se arrima al exilio oficial de la República. Sigue sólo con otros solitarios. Se marcha a Argentina en septiembre de 1939, donde estará hasta marzo de 1942 como profesor en la Universidad de Buenos Aires. A la ciudad bonaerense le escribe su amigo Marañón, desde París, en abril de 1940 y le cuenta las impresiones del doctor Teófilo Hernando en una visita de éste a España:

“Volvió contento en muchos casos y con grandes esperanzas. Pero al fin hizo la impresión de la palomita de Noé: el diluvio sigue, aunque parece que escampa. Yo no lo creo mucho. Creo que se les ha pasado el momento de evolucionar y ahora son ya esclavos de su propia intransigencia.

Mis informes, muy buenos, me dicen que la hora de la restauración ha pasado. Primero por la oposición, que ya advertía Vd. –y en forma hartamente cruda– en los documentos oficiales: sé que el monarca está completamente anglófilo y esto no contribuye a la armonía con los jefes actuales. Pero, además, el pueblo, que se orienta hacia otra cosa, con la sola excepción de los que tienen sueldo, empieza a creer en otros casos no monárquicos. A pesar de su torpeza las gentes del lado rojo empiezan a actuar en ex-rojo. La capacidad verdaderamente cerril que han tenido los actuales gobernantes para el más de un millón de españoles que están fuera, obliga a éstos a agruparse y lo hacen en torno de una ilusión liberal, con exclusión de todo comunismo. Ya habrá Vd. visto la orientación que tienen los que están en México, en este sentido. Los que están aquí buscan el mismo camino. Les es fácil, buscando apoyo en el episodio de Inglaterra, decir que ellos hicieron lo que pudieron en cuanto les fue factible para no acudir al juego comunista (...).

Yo no pienso, como es natural, moverme por ahora” (Marañón, G., 1940).

Estas líneas de Marañón son un claro ejemplo de la postura de los miembros de la Tercera España, peregrinos por el mundo y rechazados por sus compatriotas, sin querer ellos arrimarse a ninguna de las posturas creadas y sin tener tampoco solución para salir de su ostracismo apátrida.

En 1943 Ortega y Gasset se instala de manera definitiva en Lisboa, residencia que no dejará hasta su muerte, a pesar de sus viajes y sus estancias en España –él llama a su casa de Madrid “el apeadero”–. Su producción vuelve a incrementarse con sus *Papeles sobre Velázquez y Goya*, y continúa su docencia en la Universidad de Lisboa.

La cátedra de Metafísica ganada en la Universidad Central es abandonada definitivamente en 1936. No volverá a ocuparla nunca, aunque sus compañeros y discípulos reserven su puesto en la misma. Con motivo del nuevo plan de estudios de la Universidad, Juan Zaragüeta, miembro también de la generación de 1914, escribe en abril de 1945 a Lisboa para pedir la opinión del maestro:

“Con la reforma del plan de estudios de la Facultad me he quedado sin cátedra. He solicitado el pase a la de Ontología considerando la de Crítica como continuación

de la de Vd. que siempre le sigue reservada. Aún se está a tiempo de rectificar” (Zaragüeta, J., 1945).

Pero en su respuesta, dos meses más tarde, el catedrático sigue firme en su postura de silencio:

“Le agradezco mucho la consulta, pero todas las circunstancias de mi vida en estos años recomiendan que yo no me permita la más leve intervención, ni siquiera la de juicio y consejo en ningún punto referente a esa Facultad” (Ortega y Gasset, J., 1939c).

Termina la II Guerra Mundial, y Ortega entra en España en el verano de 1945 por primera vez desde el inicio de la Guerra Civil. A su regreso, nunca definitivo –mantuvo hasta su muerte en su tarjeta de residencia su domicilio de Lisboa–, no hizo acto alguno de acatamiento al Gobierno. Volverá a su país a pasar los veranos de 1946 y 1947, y a un acto público el 5 de mayo de 1946 en el Ateneo de Madrid sobre “La idea del teatro”.

En 1948, con su discípulo Julián Marías, funda el Instituto de Humanidades, institución privada de cultura española que no contó precisamente con el beneplácito oficial. En él, acompañado de grandes personalidades del mundo de la filosofía, impartió dos cursos: “Una interpretación de la Historia universal” y “El hombre y la gente”, ambos publicados tras su muerte. En 1950 renuncia a continuar con el Instituto por la situación equívoca que ello produce en relación con su postura frente al régimen de Franco.

Durante la corta vida del Instituto de Humanidades, viaja a Alemania y a Estados Unidos. En ambos países toma contacto con exiliados españoles y les alienta a que regresen a España, si bien de manera tan independiente como lo ha hecho él –aunque por estas fechas Ortega se plantee durante su estancia en Munich prolongar la misma y hacer de la ciudad alemana su residencia–. En julio de 1949 responde a Ramón J. Sender desde Nueva York con alegría por el acercamiento del novelista. En esta carta leemos la esperanza que pone Ortega en el regreso de ambos a España:

“No creo que se halle nada lejos la posibilidad de que vuelva usted a España aunque cargado con todo ese equipaje de anatemas. Yo sigo en Lisboa pero este año he iniciado de nuevo mi actuación en nuestro país” (Ortega y Gasset, J., 1949).

Sender le responde rápidamente a Lisboa agradeciendo la amable recepción de su carta y su ánimo:

“Gracias por su carta tan confortadora en tantos sentidos. Es usted la persona ideal y está en las condiciones ideales para dar alguna forma de esperanza que, la verdad, no nos llega de ninguna parte. Por lo que se refiere a mí estoy dispuesto a dejar en la frontera, si vuelvo, una gran parte de mis anatemas. Hemos aprendido mucho en estos años”.

Con respecto a la reconciliación política, Sender ansía una “monarquía liberal bajo la bandera de la reconciliación que sería espléndida y desde ahora tirios y troyanos la bendicen”.

También espera que sus cursos del Instituto de Humanidades “excedan lo más posible el interés académico. Esto último lo digo con un desvergonzado egoísmo de exiliado que no quiere ni puede renunciar a volver”.

Incluso para él se abre otra vez la posibilidad de una intervención de los intelectuales tras el desprestigio de los políticos:

“Yo no tengo organización política alguna, no estoy en ningún partido pero tengo algunos millares de lectores en diferentes países (...). Lo más cómodo sería llegar a Madrid y reanudar la vida interrumpida en 1936, pero si es necesario aportar algo (...) lo haré con gusto y lo mismo harían otros muchos más importantes que yo” (Sender, R.J., 1949).

Sin embargo Ortega ya no tiene el entusiasmo de 1914 y 1931, y esta vez no quiere llevar la bandera de la salvación y la regeneración de España por el medio intelectual. Se conforma con aportar dosis de ayuda personales y marchar despacio hacia una meta que ya no le tocará vivir, aunque sí vislumbrar a lo lejos.

En los años 50, Ortega seguía siendo el hereje de la cultura oficial porque, si bien su actuación pública se ceñía a conferencias y a actos docentes fuera de España, sus enseñanzas habían nutrido ya a un buen número de jóvenes españoles que intentarían seguir sus pasos.

José Luis López Aranguren confirma este liderato a través de sus discípulos:

“Durante los decenios anteriores a la proclamación de la República y aun advenida ésta, la vida cultural española fue señoreada por Ortega y Gasset. En los cuatro decenios posteriores a 1939, ésta ha sido ocupada por sus discípulos y epígonos” (López Aranguren, J. L., 1974).

Los años 50 siguen teniendo para el gran pensador español el mismo tinte amargo en cuanto a la relación con sus compatriotas intelectuales. El gran escollo insalvable es la incomprensión que sienten hacia él. Ni siquiera en sus últimos años le *perdonan* su independencia y carácter crítico. El exilio continúa intransigente, y las estancias de Ortega en España, consideradas vuelta definitiva para la gran mayoría, escandalizan a los transterrados.

Por este motivo de su llegada a España, Guillermo de Torre tiene unas durísimas palabras para Ortega en carta a Alfonso Reyes:

“Apenas si fue un liberal. Sin embargo aquello [sus escritos] eran todavía palabras (...). Lo de ahora es otra cosa. Lo de hoy es un hecho infinitamente más grave, un acto definitivo e irrevocable” (de Torre, G., 1942).

Tampoco perdona el Gobierno de Franco. En el otoño de 1955, al inicio de la enfermedad que desembocó rápidamente en la muerte de Ortega, los diarios españoles reciben la siguiente consigna oficial de prensa:

“Ante la posible contingencia del fallecimiento de D. José Ortega y Gasset, y en el supuesto de que así ocurra, este diario dará la noticia con una titulación máxima de dos columnas y la inclusión, si se quiere, de un sólo artículo encomiástico, sin olvidar en él errores religiosos y políticos del mismo, y en todo caso, eliminando siempre la denominación de ‘maestro’” (Delibes, M., 1979).



Tras la muerte del catedrático todo el barniz de herejía impuesto desde tantos frentes se fue disolviendo. Llegaba la hora de los grandes elogios y reconciliaciones póstumas. Uno de sus discípulos, Julián Marías, recordaba el papel de los miembros de la Tercera España, a través de la figura de su maestro:

“Lo que salvó a España después de la Guerra Civil, lo que evitó su decadencia –a pesar de la pérdida de la emigración– fue una minoría intelectual que conservó una considerable dosis de independencia o, al menos, afirmó los derechos de la inteligencia y la ejercitó en medio de todas las dificultades” (Marías, J., 1989).

En muchas de estas complicaciones se vieron inmersos los miembros de la Tercera España. Algunos no volvieron, otros lo hicieron gracias a su longevidad y a la llegada de la democracia; otros contribuyeron a ella desde el exilio interno. Pero casi ninguno recibió el perdón en vida por haber abanderado una independencia que les hizo anteponer a cualquier otro interés la veracidad y su profunda fe en la libertad.

“Toda peregrinación implica el retorno a la morada con una visión más sabia y temperada de la existencia, más rica espiritualmente; pero está sometida a los peligros del camino, a la posibilidad de que el retorno no se produzca jamás o que éste se haga en condiciones aún más desfavorables que las de la partida” (Naharro Calderón, J.M., 1994).

Tampoco Ortega fue absuelto por intentar llevar a la realidad aquel anhelo de ser fiel a su oficio de ideador y “no ser nunca otra cosa que un jefe de negociado en el Ministerio de la Verdad”.

## **PALABRAS CLAVE:**

Pensadores liberales • Pensamiento Político • Valores Occidentales

## RESUMEN

El repaso por la peripecia vital de los últimos veinte años de la vida de José Ortega y Gasset permite una mejor comprensión de su silencio político desde 1932. Volcado todo su trabajo intelectual en el desarrollo de su obra filosófica, a partir de 1940, cosecha ya un gran reconocimiento internacional. Durante esta etapa, el fundador de *Revista de Occidente* protagonizará un continuo peregrinaje que le lleva a fijar residencias sucesivas en París, Buenos Aires y Lisboa, y a tener, desde 1945, breves pero numerosas estancias en España y continuos viajes a Alemania.

## BIBLIOGRAFÍA

**Delibes, M.** (1979):

“El escaso poder del cuarto poder”, *La Vanguardia*, Barcelona, 8 de mayo de 1979.

**Debray, R.** (1979):

“Le pouvoir intellectuel en France, Ramsay”, París, 1979.

**López Aranguren, J.L.** (1974):

“Entre España y América”, Barcelona, Península, 1974, p.50.

**Marañón, G.** (1940):

Carta a José Ortega y Gasset, París, abril de 1940, Archivo Ortega y Gasset.

**Marías, J.** (1989):

“Una vida presente, Memorias”, Vol. I (1914-1951), Madrid, Alianza, 1989, p. 177.

**Naharro Calderón, J.M.** (1994):

“Entre el exilio y el interior: el entresiglo y Juan Ramón Jiménez”, *Anthropos*, Barcelona, 1994.

**Ortega y Gasset, J.** (1939a):

Carta a Gregorio Marañón, Lisboa, 13 de marzo de 1939, Archivo Ortega y Gasset.

## ABSTRACT

*Going over the last 20 years of José Ortega y Gasset's life vicissitudes enables us to better understand the political silence he committed himself to since 1932. Devoting his whole intellectual efforts to the development of his philosophical work, since 1940 onwards he enjoys great international recognition. During this period, the founder of the magazine Revista de Occidente travelled constantly, which led him to set successive residences in París, Buenos Aires, and Lisbon, and to have, as of 1945, short but frequent stays in Spain and constant journeys to Germany.*

**Ortega y Gasset, J.** (1939b):

Carta a Gregorio Marañón, Lisboa, 30 de marzo de 1939, Archivo Ortega y Gasset.

**Ortega y Gasset, J.** (1939c):

Carta a Juan Zaragüeta, Lisboa, 20 de junio de 1939, Archivo Ortega y Gasset.

**Ortega y Gasset, J.** (1949):

Carta a Ramón Sender, Nueva York, 21 de julio de 1949, Archivo Ortega y Gasset.

**Ortega y Gasset, J.** (2004):

Obras Completas, Madrid, Taurus, 2004.

**Rodríguez Puértolas, J. y Escobar, E.** (1982):

“La Guerra: Escritos (1936-1939). Antonio Machado”, Madrid, 1982, pág. 261.

**Sender, Ramón J.** (1949):

Carta a José Ortega y Gasset, Albuquerque (Nuevo México), 12 de agosto de 1949, Archivo Ortega y Gasset.

**De Torre, G.** (1942):

“Sobre una deserción: Carta a Alfonso Reyes”, *Cuadernos Americanos*, 1, 4 (1942), pp.47-50.

**Zaragüeta, J.** (1945):

Carta a José Ortega y Gasset, Madrid, 18 de abril de 1945, Archivo Ortega y Gasset.